

# Lara en París en 1938

Guadalupe Loaeza

*Figura emblemática de la cultura mexicana, Agustín Lara, además de compositor fue un gran poeta de la mujer, del amor, de la noche. En este fragmento de novela, Guadalupe Loaeza, autora de Las niñas bien, Siempre estará París y Parejas, entre otros, nos presenta, gracias a una sabia mezcla de investigación y ficción, los avatares del Flaco de oro por la Ciudad Luz.*

Después de muchos años de desearlo, finalmente Agustín Lara llegó a París; la capital de Francia, la Ciudad Luz con la que soñaba desde que era niño. El París del que le hablaban sus maestros cuando era alumno del Liceo Fournier, que en 1907 se encontraba en la colonia Santa María la Ribera. Allí seguramente sus maestros le enseñaron a leer en francés a Alejandro Dumas, Émile Zola y la poesía de Verlaine. Es evidente, por otra parte, que en su adolescencia se acercó a la obra de Baudelaire. Ya Juan José Arreola, en su ensayo “Agustín Lara, imaginario” notó la huella del poeta francés del siglo XIX en composiciones como *El cisne* que dice:

Cisne que Dios pintó en cristal,  
dame el marfil de tu perfil ritual,  
beso de luz, rubor nupcial,  
nítido albor, pálida flor del mal...

En esta canción parece seguir el estilo distante y frío de Baudelaire, quien escribió un poema titulado *Le cygne* en el que esta ave:

Baía nerviosamente sus alas en el polvo...  
hacia el cielo irónico y cruelmente azul,

sobre su cuello convulsivo estirando su cabeza ávida, como si se dirigiera a Dios lleno de reproches.

Cuando Agustín Lara llegó a París se encontró con tres ciudades contrapuestas: el París de sus sueños y el de los libros que solía leer; el París influido por el *American way of life* y el París amenazado por la guerra. Respecto al primero, seguía fiel a sus expectativas. Sin embargo, no esperaba encontrarse con el París abrumado por las botas de los ejércitos de Hitler, ni tampoco con el París seducido por Hollywood. Con el que se identificó de inmediato fue con el París de los *chansonniers* Charles Trénet y Tino Rossi. No obstante, le costó trabajo entender al París mecido por los personajes de Walt Disney, quien ya para entonces era conocido entre los franceses por su película *Blanca Nieves*. Lo más llamativo de todo es que la misma dualidad era padecida por la mujer francesa: por un lado estaba obsesionada por sus derechos y por la igualdad de sexos y, por otro, soñaba con convertirse en una Scarlet O'Hara protagonista de la cinta *Lo que el viento se llevó*. Así como se conmovía con la película *Quai des brumes* de Jean Gabin, vibraba con la actuación de Katharine Hepburn en *L'impossible Monsieur Bébé*. También



Agustín Lara

ellas, las francesas, leían en las revistas femeninas *Vogue*, *Harper's Bazaar* o *Marie-Claire* las recetas para la supuesta felicidad: “Vous-voulez être hereuse? ¡Tome usted vitaminas! ¡Púrguese! ¡Tome usted calcio! ¡Tenga cuidado con la diabetes! Las vitaminas son junto con el psicoanálisis la última invención para llegar a esa felicidad tan anhelada”. La belleza y el *sex-appeal* —palabra adoptada en Francia desde 1932— parecían fabricados en serie, de alguna manera se convertían en un objetivo en la vida pues, para la francesa de esos años, ambos conducían inevitablemente al matrimonio. Por muy liberadas que estuvieran, también ellas se querían casar, sí, porque, contrariamente a las mexicanas de su generación, las francesas sabían que el divorcio estaba esperándolas a la vuelta de la esquina; no en balde, en ese año, la obra de Isabel Drummond *Cómo divorciarse* había sido traducida al francés y vendida como pan caliente.

Para desencanto de Agustín Lara la parisina ya no era la sílfide asfixiada por un corsé lleno de varillas metálicas, tampoco se cortaba el pelo a la *garçon* como en la década de los veinte. Ahora, gracias a su nueva actitud ante la vida y a su flamante autonomía, llevaba conjuntos holgados de tejido de punto diseñados por Coco Chanel; lucía los clásicos trajes sastre de Nina Ricci, las faldas plisadas y los vestidos camiseros pero sin excesos. Por la noche, la parisina osaba recurrir al estilo exótico con los modelos *d'avant-garde* de madame Schiaparelli con telas a la manera del extremo Oriente. Confiaba su rostro a los institutos de belleza

como los de Helena Rubinstein, Fanny Ward o Linna Cavalière; igualmente descubría los baños de aceite y la pomada de Siberia cuya crema Tokalon se aplicaba según los consejos de las revistas femeninas.

Pe ro Agustín Lara no había ido a París nada más para descubrir a la nueva mujer francesa, como cualquier artista sensible y preocupado por renovarse; quería, además de conquistar al público francés, impregnarse de todo lo que le ofrecía la Ciudad Luz. Amante como era de los carros último modelo, suponemos que quiso visitar el Grand Palais donde se acababa de inaugurar la 34ª Exposición del Automóvil. Seguramente admiró los 246 vehículos cromados y barnizados de 46 marcas y los 91 modelos pertenecientes a siete países. Tal vez descubrió el primer Volkswagen o *Coccinelle*, el Citroën 15, el Simca 8 o Dauphine Berliet, modelo que era el mejor recibido por el gusto francés. Y tal vez descubrió un Packard semejante al que después compró por 100 mil francos. No hay que olvidar que esta marca en Francia, era como el Rolls Royce de esa época en México.

Ese año, en las carreteras de Francia circulaban 2 millones 500 mil carros. Aunque en 1938 todo parecía andar literalmente sobre ruedas, la sombra de la guerra se asomaba en cada esquina de las calles de París y como para escapar de esa presencia indeseable, los parisinos habían abandonado su ciudad para irse de vacaciones.

Cuando Agustín Lara y sus acompañantes llegaron a la Gare de Lyon, tal vez les llamó la atención la cantidad de gente que se encontraba frente a las taquillas

para comprar su boleto. En efecto, ese verano se tuvieron que utilizar 225 trenes más. La inminente guerra era una invitación a huir de la ciudad, aunque fuera nada más por unos días.

Ese día en todos los kioscos de París, los titulares y las primeras planas se referían al envío de tropas alemanas a la frontera checoslovaca. Era evidente que la figura de Hitler iba oscureciendo paulatinamente el mapa de Europa.

No obstante la huida de los parisinos a causa de sus vacaciones tan sagradas y del ambiente de ansiedad que se respiraba, bastaba con que se metiera el sol, para que París se transformara, gracias a los turistas, en una verdadera fiesta. Como para exorcizar un mal presentimiento, todo el mundo cantaba *Je chant* de Charles Trénet: En el Music Hall estaba Édith Piaf, Cécile Sorel disfrazada de hombre, la Mistinguette y Maurice Chevalier.

La vida cultural también era muy rica: mientras Céline, autor de la novela *Viaje al fin de la noche* clamaba su antisemitismo por todas partes, Gide era tratado como un renegado por los comunistas; en cambio el gran éxito editorial era de Jean-Paul Sartre con la obra *La nausée*. Malraux, Bernanos, Gaudoux, Montherlant se volvían los amos del entusiasmo de las nuevas generaciones. Jacques Soutelle y Victor Serge dictaban conferencias. En el teatro aplaudían *Les parents terribles* de Jean Cocteau, *Asmodée* de Mauriac y *L'argent n'a pas d'odeur* de George Bernard Shaw. Indiscutiblemente, París vivía a un ritmo endiablado.

No obstante, Agustín Lara pasó al lado de la ciudad surrealista, la de las grandes movilizaciones políticas para concentrarse en la vida nocturna. Tal vez buscó el París del siglo XIX, el que se deja ver en las obras de escritores románticos como Musset y Vigny. Es muy probable que al no encontrarlo se desilusionara y tuviera como consuelo el mundo de la bohemia, quizá lo más parecido al ambiente pintado por Toulouse-Lautrec.



Más que calles reales, Agustín recorrió calles evocadas: tabernas, pianos, poetas pobres, prostitutas idealizadas... La pequeña suite francesa escrita por Lara refleja esta visión de París, deudora de sus lecturas románticas. Para el compositor, la ciudad era un símbolo del amor y la literatura que Renato Leduc, compañero de esos días, resume con estas palabras:

Bajo el nombre de París se conjugaban —y se conjugan— una serie de historias de cursilerías debido, entre otras cosas, a que en la capital de Francia se pueden apreciar los escenarios que sirvieron de marco a muchas lecturas de nuestra juventud.

Sus cafés eran los sitios de reunión de artistas como André Breton, Benjamin Péret, Leonora Carrington, Max Ernst, Remedios Varo, Louis Aragon, Leonor Fini y Pablo Picasso. En la esquina de la rue Delambre y el Boulevard Montparnasse estaba el café Le Dôme en donde años antes se reuniera Lenin con las personas que hicieron posible la Revolución Rusa y que para los años treinta era punto obligado de reunión. Era famoso un bar propiedad de un vasco-francés llamado Carrie porque era sitio de reunión de personajes como Hemingway y Scott Fitzgerald; éste fue uno de los sitios a los que llegó Lara a tocar el piano. Sin embargo, la idea que el compositor albergaba de la ciudad era la que le había dejado años antes la revista teatral *Voilà le bataclan!* que en 1925 una empresaria francesa, Madame Rasimi, había traído a México. En ella se mostraban canciones francesas cantadas por jóvenes bailarinas que por primera vez en la escena mexicana salían a bailar enseñando las piernas desnudas, sin medias. Entonces las bailarinas temían que los “viejitos”, como llamaban a los varones de la tercera edad, les pellizcaran las piernas. El París del fox-trot, de los centros nocturnos y de las mujeres más sensuales que emanaba del original cabaret Le Bataclan en la rue Voltaire fue el que quiso conocer Agustín Lara.

Un día, el compositor se encontró con Renato Leduc en el Café de la Paix. Leduc llevaba cuatro años viviendo en la ciudad y conocía sus burdeles, sus prostitutas y a todas las *Mesdames* más respetables... A partir de ese encuentro, comenzaron a verse con más frecuencia para intercambiar noticias sobre México y sobre amigos en común, pero sobre todo para visitar burdeles y cabarets. Un día, luego de dos semanas de deambular por las calles de París, de pronto Renato le propuso a Agustín ir a visitar a las “pirujillas francesas” del One, Two, Two.

—¿Qué es eso, hermano?

—Un paraíso, Agustín. En francés se llama Un, Deux, Deux, porque está en el 122 de la Rue de Provence, muy cerquita de la Place des Saussaies... Allí

vo verás a encontrar los sueños de la antigua Grecia, las obsesiones de Toulouse-Lautrec, el confort, el lujo, pero sobre todo el amor... Estas putitas no nada más te enseñan a “torear”, sino hasta el idioma, porque a pesar de que tú ya lo dominas, con ellas puedes aprender el verdadero *argot* y cómo describir las metáforas más eróticas que se pueda uno imaginar...

—¿Y por qué no me habías llevado, imbécil?

—Porque estaba esperando que recuperaras tus fuerzas físicas. Es que cuando llegaste estabas tan flaco que parecía que te iba a llevar el viento. Además, hay que hacer cita, poner el nombre en una lista de espera. Yo conozco muy bien al dueño, se llama Marcel Jamet, pero le dicen *Fraisette* o Monsieur Marcel. Tengo entendido que es argentino muy refinado y que en Buenos Aires era un empresario muy importante. Su negocio funciona de maravilla. En París nada más hay dos Cadillac último modelo, el de Sacha Guitry y el de Monsieur Marcel. Imagínate, Agustín, como clientela tiene a lo que se llama *le tout Paris*, a Fernandel, a Jean Gabin, ministros, intelectuales, escritores, periodistas y músicos-poetas, como tú. También han ido personalidades de Hollywood como Bogart, Cary Grant, Tyrone Power, Chaplin y Leopoldo III, el rey de Bélgica. La casa es muy elegante, con decirte que las *mignonnes* como llaman aquí a las hetairas, tienen allí mismo su peinadora, su manicurista y una boutique de lencería finísima. Cuando terminan sus “trabajitos” se van a su casa. La *Madame* las controla de maravilla. *Mignonne* que falta al burdel, putita que tiene que pagar doscientos francos. Pero no creas que estas muchachas son ignorantes o corrientes. Al contrario, son sensibles, inteligentes y hasta melómanas. Saben un chingo de cosas. Muchas de ellas hablan hasta tres idiomas. Éstas son las que cobran más. Hay una pelirroja que se llama Colette y me dijo que conocía tus canciones...

—Mira, Renato, ya no me sigas platicando y llévame al One, Two, Two...

—Te digo que tenemos que hacer cita. Tranquilo, esta noche le llamaré a Marcel. Pero prepárate para que veas esos diez salones, veintidós habitaciones y sesenta muchachitas con “sombra de perversión en sus ojeras”, como dice tu canción *Vencida*. Cada recámara está decorada con un estilo distinto. Por ejemplo, si quieres fornicar en Venecia, la cama tiene forma de góndola. Si



quieres que te flagelen en el Polo Norte, lo harán dentro de un iglú, rodeado de pieles de osos blancos. Si quieres hacer el amor en un vagón de tren en marcha con vista hacia el paisaje que también está en movimiento, basta con que le compres un boletito a la *Madame* y le especifiques tu deseo y hacia dónde quieres viajar... Allí lo puedes hacer en busca del tiempo perdido... También puedes sodomizar a Cleopatra, puedes encontrarte con una campirana vestida nada más con botas fabricadas con paja, que te llevará en una canastita huevos frescos del día. También está el cuarto *de tortures* donde puedes experimentar las torturas más dolorosas y sabrosas del mundo. En el Salon Miami hay una decoración de playa y en el llamado Mosquetero tienen todos los muebles de Luis XIII. Ahora, si quieres ir a un lugar más baratón está Le Sphinx. Allí, las muchachas, muchas de ellas pirujas negras, nada más llevan *un petit caleçon*... Te recuerdo que aquí las putitas no se rasuran ni las piernas ni las axilas. Tampoco se bañan, pero eso sí, despiden un olor del mejor queso Camembert que jamás hayas comido.

—Ya, hermano, no me tortures con tus descripciones tan olorosas. Haz en cuanto antes la cita para el

Agustín Lara pasó al lado de la ciudad surrealista, la de las grandes movilizaciones políticas para concentrarse en la vida nocturna.

Uno, Dos, Dos. No le digas una sola palabra a la Chata y dispón de mí cuando quieras...

Pe ro Renato llevó a Agustín a conocer muchos otros lugares nocturnos sobre todo los que eran frecuentados por los latinos. Por ejemplo, al cabaret de Eduardo Castellanos situado en el sótano del edificio donde vivía André Breton. Castellanos era un cubano emigrado que contaba con una radio de onda corta; en él se podía captar la señal de las estaciones de La Habana. En torno del aparato se reunían los cubanos, que residían en París, a bailar rumba y danzón. Pronto afloraron varios lugares cubanos y los parisinos comenzaron a disfrutar los bailes que llegaban desde las Antillas. Primer estu-vo en Francia por breve tiempo el cantante cubano Antonio Machín (hacia 1938) y actuó en algunos cen-tros de espectáculos. Luego, hasta el popular cantante Tino Rossi se dejó llevar por la cadencia de la música cubana y grabó *El danzón*, un tema del músico cubano Moisés Simons (1889-1946). Simons —autor de *El manisero* y de *Marta*— vivió en Francia durante la misma época de Lara, sólo que su nombre y su aparien-cia lo hicieron sospechoso ante los nazis, quienes lo detuvieron y lo lleva ron a un campo de concentración. Aunque fue liberado tiempo después, la vida sólo le alcanzó para llegar a morir a Cuba. *El danzón* es una composición que simboliza una época de la Francia que se dejó arrastrar por la cadencia de la música cubana:

Su vaivén tropical nos produce una grata sensación,  
¡qué placer da bailar cuando se oye tocar un buen  
[danzón!

Se estrecha suavemente a la mujer por la cintura  
ma rando bien la entrada al empezar con sabrosura;  
se encuentran las miradas con ardor de enamorado  
y empieza el balanceo del rumor acompasado.

Con estos antecedentes, Lara imaginó a los france-ses bailando al ritmo de su música. Y lograr este sueño fue su principal ocupación, una vez que se instaló en un lujoso departamento con su pareja Carmen la Cha-ta Zozaya y con los amigos que lo acompañaron, el Muerto de la Colina, joyero, la bailarina Rosita Téllez Wood y el vate Fernando de la Llave.

Ellos fueron sus compañeros en los cabarets de París, asimismo con ellos frecuentaba las carreras de caballos: el Muerto de la Colina fue de los amigos más cercanos durante toda su vida. Por su parte, Rosita Téllez Wood —de quien se decía que inspiró la canción *Rosa*—, había trabajado como bailarina en compañía de su hermana Lolita. Durante años, las hermanas Téllez Wood habían trabajado en las principales revis-tas teatrales. Poco tiempo antes, en mayo de 1938, Lolita había muerto trágicamente: se supone que una noche encontró a su novio, Emilio Tuero, en brazos de

la bailarina Juanita Barceló. Lolita le reclamó y fueron a discutir al carro de Tuero. Después de amenazarlo, a la mitad de la discusión se disparó. Durante mucho tiempo se dijo que el propio barítono de Argel fue quien disparó el arma. Es muy probable que Rosita via-jara a París tratando de huir de ese recuerdo tan cerca-no. El tercero de estos personajes, el poeta Fernando de la Llave tuvo una existencia rodeada de leyendas. Ya en 1926 había publicado un pequeño libro, *Migajas de sol*, con poemas de tema provinciano. Esta estrofa de *La muchacha* da una idea del estilo del vate:

Sus mejillas de jitomate  
que se han podido guisar  
en la cazuela de mi boca,  
tienen todavía la mordida loca  
que la hizo llorar.

Renato Leduc le contó a Eugenio Méndez Docurro una de las genialidades del vate:

—Era un tipo muy famoso, muy cínico y muy aventado, al grado de que una vez hizo un viaje a Japón y fue a tomarles el pelo al general Obregón y a los ministros, diciendo que lo habían mandado al frente de una comisión para establecer relaciones industriales con Japón. Se llevó un ídolo de San Juan Teotihuacan que valía diez pesos y se presentó al palacio diciendo que aquello era un regalo del general Obregón. El em-bajador de Japón mandó con el vate De la Llave un Buda de oro que él vendió y se armó un lío en que fue-ron encarcelados dos de sus amigos, pero él no.

No está de más evocar a Fernando de la Llave quien fue casi una leyenda de la Ciudad de México y uno de los mejores amigos de Agustín. Salía todas las mañanas de su casa y tomaba un taxi hacia el restaurante donde acostumbraba desayunar. Al llegar, descendía del carro y gritaba: “¿No habrá un buen hombre que me auxilie porque no traigo cambio para pagar este taxi?”. Al pri-mero que se ofrecía a darle dinero para pagar le decía: “Es mi deber, amigo mío, invitarlo a desayunar”. Todo este montaje terminaba cuando el vate descubría que no tenía dinero y hacía pagar a su “invitado”. También se cuenta que tenía su departamento lleno de muebles a los que les había ajustado pequeñas ruedas; así, el día de la renta le pedía a alguno de sus vecinos que se los guardara y como de rayo los empujaba: sillones, libre-ros, mesitas y hasta su cama para que el departamento se viera prácticamente vacío. Al llegar, el cobrador encontraba al vate sobre un catre, en medio de un departamento casi deshabitado, y como agonizando, entre toses, suplicaba: “Un mes más, no he podido reu-nir el dinero; le pido sólo un mes más”. Todavía a prin-cipios de los años sesenta, como una aparición, se le veía rondar por los cafés de la Ciudad de México. ■